



Por FERNANDO QUIÑONES

MADRID está lleno de su gente, de los que le lloraron por primera vez al mundo junto a la Corredera Baja, en Cuatro Caminos o en la pobre, adornada y maravillosa calle de Antonio Anoranz, allá en los Carabanchales. Pero Madrid también está lleno de todos los jóvenes que vinieron y que vienen a por él. En cada tren, durante el día o la noche, hay seis, veinte, trescientos, mirando los primeros árboles, los primeros tejados y los primeros anuncios luminosos del gran espacio que ya va a ser suyo: una cosa en la que todavía no pueden creer.

Se estudia Derecho o Económicas; se arreglan bañeras, cigüeñales, y plumas estilográficas o grupos eléctricos; se escriben artículos, versos; hay quien está seguro de haber dado con un nuevo sistema de impresión en offset; no se sabe qué hacer; se desasnan niños; se confía en la precedente buena estrella de un primo, de un amigo; se piensa que hay que empezar a pensar en algo; se confía en poder reparar paraguas, puentes o dependencias u organismos estatales. Se oye:

— Quien colocaría a un mozo de acarreo en una fábrica de muebles... O en un taller de motos, ojalá; de eso sé algo.

— Yo haré, de momento, lo que sea.

— No; ya no es el 390614; se lo cambiaron.

— Y la Rosenda, ¿cómo está?

— Pues mis tios viven en la calle de Bravo Murillo, ¿queda muy lejos eso, hace usted el favor?

Aquel muchacho de la chaqueta de pana concluirá Ingenieros en cuatro años, si es que puede comer casi todos los días, mientras que su compañero de viaje y carrera, con la seguridad de poder hacerlo, acaso tarde cinco o seis. Y las chicas que se bajan de los trenes del Norte y del Sur, que acaban de llegar en los autobuses de línea del Este o del Oeste, todas las que truen ciertas sombras en la mirada, estaban hace uno o dos años simplemente sentadas en la hierba y la luz era la de las ocho de la tarde, y el novio, el amigo, el hombre, había dicho con tristeza si era aquel el modo de confiar en él, y a ellas les había dado pena y luego habían sentido sus labios en los dientes, y lo que pasa, un año o dos atrás.

— Bueno, pero lo que interesa es esto: ¿cómo anda aquí la cosa de las carnes? ¡Y los tocinos! ¿Es problema encontrarlos buenos y no muy caros? — preguntaba un tal José Ramón Mena.

— Me han dicho que depende de la estación.

— Sí, como allí...

Las salchichas que hacía José Ramón Mena en Zarauz no es ya que las comieran y celebra-

ran toda la gente de Zarauz, sino también la de Guernica, la de Hernani, la de Deva. Un verano, las salchichas habían llegado a una charcutería del barrio viejo de San Sebastián; tal incursión, y el éxito que la acompañó, decidirían el destino de su animoso fabricante. A partir de aquel triunfo, se imponía engrandecer campos en Madrid y por eso está José Ramón Mena apeduzado del tren con ocho mil pesetas y once ristra de salchichas en la meleta de cartón.

— El tocino — dice — es la base, pero si no se va a poder comprar de caro...

Por su parte, el joven poeta del Sur, recién llegado a la estación de Atocha, solo está deseoso de salir corriendo a beberse en una sola noche todas las calles y las plazas de Madrid, empezando por el café Gijón. Mientras daban entrada al tren y encendían la señal verde, se le fueron de golpe todo el cansancio, toda la memoria de lo recién dejado; "Oh luna, cuánto abril!", qué verso más hermoso de Guillén, y su pequeña ciudad, tan lejana ya, metida en el mar absoluto y azul, y el desqueño en los túneles a la muchachita de las trenzas rubias, que subió con la madre desde el Sur, y "De tus cabellos la celeste huella", eso es, y ahora, Madrid, Madrid, inabarcable, fabuloso, ya estaba bien de oír hablar de él, de verlo solo en las revistas y en el cine, desde luego.

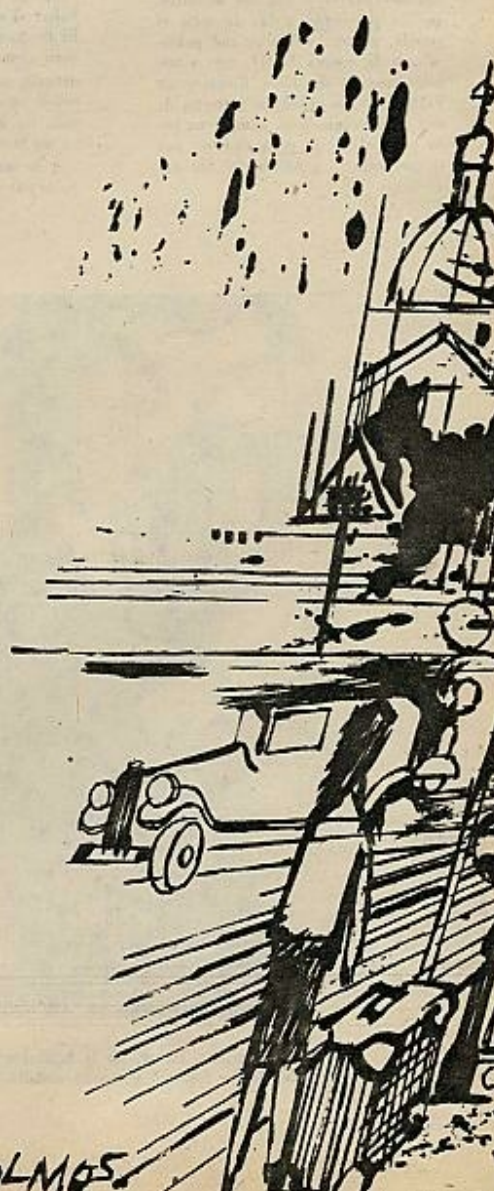
A la mañana siguiente, quién tal, quién cual, tendrá que ir a saludar a los tios y a los sobrinos desconocidos — "Eso lo primero, Luis." —; comerá con ellos; a la tarde, se irá a algún sitio si ellos van. Nadie pensará en ir solo al cine los primeros días, tanto si se llega con cien mil pesetas como con cien. Al fútbol, sí, muy probablemente, y también a los toros (el novillero Paco Cortina, de Olivenza, que viene a tratar de buscarse una corrida en la plaza de Vista Alegre y tiene ya treinta y tres años, trae aún fresco el pitonazo de Algemesi).

El metro se traga a los recién llegados, o un taxi; hay diez personas esperando a un chico, o solamente un amigo, que vagaba por el andén en mangas de camisa o con el cuello de la gabardina bien subido. Algunos viajeros jóvenes, pocos más bien, se van solos; concluyen su maleta entre las locomotoras paradas y salen fuera de la estación, cara a su destino, en el día o la noche, con una dirección fija en la memoria o incluso sin ninguna.

También sucede que es abril y que Gustavito Cid tiene calculadas unas seis mil pesetas al mes, con el dinero de las matrículas y el de los libros aparte, y desde el aeropuerto de Barajas ya empieza a ver niñas guapas, bien puestas, y hasta a preguntarse si le había sonreído la rubia del abrigo malva, cuando una mano cómoda y tranquila, cuidada, se le adelanta y una voz le dice: "Yo soy el que te espera y quiero que ahora mismo nos tomemos una copa por Sevilla y por tu buena estancia aquí."

Y a Damián Ruiz, que tiene veintitán años, hace cuadros abstractos y viene a trabajar al Ministerio, están esperándole, junto al Rápido, dos amigos: el que ya sabía él que estaría allí

y también el admirado loco de las cartas llenas de dibujos geniales, y se lo llevan a pie por toda la calle de Alcalá y la Gran Vía hasta la habitación que quedaba libre en casa de "La Malagueña", por cuanto solo se habían acordado de que había que buscarle alcoba exactamente tres horas antes de que llegara el tren. De modo que,



OLMOS

como pasaron toda la tarde divirtiéndose —y más— con la chacha de la hermana del loco, cómo habían podido recordar a tiempo que llegaba Damián o de leer aquella misma mañana los anuncios de habitaciones para alquilar en el "YA", aparte de que Damián, de quien se sabía que al principio iba a pasarle bastante mal de dinero, quizá pudiera estar ciertos ratos con algunas de las mujeres de la casa, según había calculado entusiastamente el loco, y no equivocándose, puesto que nada más que por eso echaron a Damián de la casa justamente seis meses más tarde, con lo que pasó una de las noches que llegó borracho.

Madrid recibe cada día a catorce, a treinta, a cuatrocientas criaturas, que no vienen a verlo, sino a por él. Vean qué fácil es todo en cuanto al dinero: ese joven de la nariz torcida y el abrigo a cuadros ganará dentro de diez años nueve mil pesetas al mes; aquel bajito llega ganando dos mil quinientas, pero dentro de cuatro años, sin que se sepa nunca el porqué, descenderá hasta las dos mil trescientas y sobre ellas se morirá; la muchacha del alto jersey verde y hinchido encontrará piso inmediatamente (y es que Claudia, la muchacha del alto jersey color dehesa, todo se lo merece, según no hay más que ver); Rogelito Ibarra, que no tiene dos dedos de frente y tuvo que salir de la ciudad por el escándalo con el camionero, va a estarse quince años, hasta que regrese definitivamente a su tierra, sobre las seis mil pesetas al mes; Manuel Perulato, fontanero de Mérida, sobre los sesenta duros a la semana; aquella familia de Jaén, en cambio, a lo que salga, que serán, sobre todo, penas, y eso que él es un buen maestro pintor y que en el pueblo se daba muchísima maña, aunque malo para lo que le servía...

En una habitación del barrio de Chamberí duerme la muchacha con quien se casará Joaquín Guantero once años más tarde. Duerme y

rie ya, sale a la calle cada día, y él no la conoce. Joaquín Guantero tenía muy poco que perder en Valencia. La madre lloró una vez solamente, tres días antes de que se marchara. Lloró un poco después de ponerle el antepenúltimo desayuno y ya no lloró más. Y Joaquín conocerá un día a la muchacha que duerme ahora, mientras él se apea del tren. La conocerá dentro de cuatro o cinco años, en una reunión con tocados y sangría, o en las orillas del Manzanares en verano, o al salir de un cine de medio pelo (este dato del sitio es el que la bola de cristal no deja ver bien).

—Si tiene usted tubos de chapa o piezas de amianto, yo se las vendo bien. Nunca hice otra cosa.

—No: ahora lo último que escribí es una cosa sobre la pintura de Velázquez, que hay que ver qué hombre. Qué españolidad, qué espiritualidad, qué paleta... ¿Desde qué hora está abierto el Museo del Prado?

—A nosotras, hija, lo que nos hacía falta era un buen tío ganando un dinero curioso, y si es persona seria, de casarse, para qué te cuento... Pero... mirala, que ya está llorando otra vez. ¿Por qué lloras, tontat?

—Lo que yo pinto son marinas muy entonadas y lo que se terció: todo, menos esas cosas modernistas, que también puede hacerlas mi sobrino Enrique, que tiene tres años...

La manilla de la portezuela del taxi, la jaula de la señorita del "Metro", el caedizo estribo automático del tranvía, las fuentes y los árboles, los semáforos y las multitudes, todo parece estar frío al principio. Todo frío, distante tal vez, y, al mismo tiempo, como metido dentro de una absurda esperanza. Todo cuanto se ve, cuanto se escucha, cuanto se come al principio en Madrid, resulta ajeno y esperanzador y, a veces, deslumbrante.

—Pero no te creas que la vida aquí es broma.

—Bueno: aquí vive el que quiere y el que puede, y vive todo el mundo, y para que una persona se caiga muerta de hambre hacen falta demasiadas cosas en contra de ella, empezando por ella misma.

—Creo que has hecho mal viniéndote, hijo. Madrid está imposible.

—Dicen que en algún sitio dan hasta mil pe-

setas por semana de trabajo. ¿Dónde se le paga así a un electricista?

Bajo las altas y grandes lámparas, la locomotora está bufando aún vapor y hollines, harta del viento seco que le sopló al mediodía desde el trigo y la perdiz, del viento que llegaba sobre las dos y quemándolo todo, al ya abrasado rostro del maquinista, a la parcheada boca del fogonero. La locomotora tiene espigas perdidas entre las bielas, y guijarros, que estaban en la madrugada, dieciocho horas antes y setecientos kilómetros al Sur, entre una playa y una villa.

—Pues no veo por ninguna parte esos fríos de Madrid.

—No, hoy no, Peret.

—¿Te acuerdas todavía del abuelo?

Las maletas son claras u oscuras; prestadas o propias; de lona a cuadros o de cartón; flamantes, en buen uso o derridadas y sujetas con cuerdas. Descienden a cientos por las puertas y las ventanillas del tren o de la boca del autobús transcastellano; en el aire que llevan dentro permanece todavía, y se escapa poco a poco, el olor y el ambiente de la ciudad distante, cuyo abandono había ya que arrostrar.

Dentro de las maletas, sobre los cuadrados amastijos de camisas, corbatas, medias, papeles, libros, ropa interior, trajes, está la carta para don Simón o para doña Blanca, para el señor Urrutia, para el cuñado de Anita, para el director general. Alguna carta, entre la ropa, los objetos y la merienda, se quebrantó un poco con el tanto abrir y cerrar; no es nada, pero mejor será pasarle mañana una plancha con cuidado, porque esta carta quiere decir el dinero.

—El dinero, el dinero.

—Ese es el que estropea a la humanidad. Pero, amigo, hay que tragar con él.

—Tú dame dinero y...

—Déjame a mí el dinero, que eres un loco, que lo sé.

Daríamos un dedo a fin de poder acabar de decir lo inacabable: cómo son los rostros, los ojos, los pasos, las palabras, no de algunas, sino de todas las personas, de todas las muchachas y los chicos —diez, quince, sesenta, novecientos, tres mil— que llegan a Madrid todos los días, a fin de que la vida continúe.

